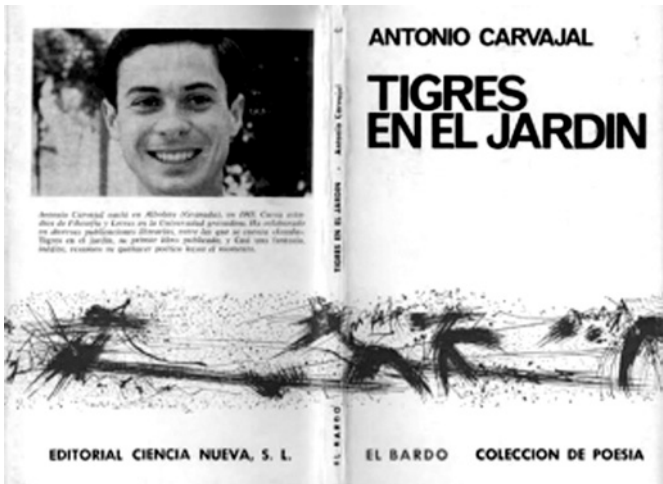


Nos diferencia el cuerpo
(Antología 1968-2022)

¿Dónde acaba este camino
que pasa por todas partes
y no lleva a ningún sitio?

ANTONIO CARVAJAL



Cubierta de la primera edición de *Tigres en el jardín*, 1968.

De *Tigres en el jardín*
(1968)

1
RETABLO CON IMÁGENES
DE ARCÁNGELES¹

I. ANUNCIACIÓN DE LA CARNE

Envuelto en seda y nardos, encajes y rubíes,
vino el ángel del cielo a verme una mañana;
yo encadenaba plumas de ensueño en mi ventana
con un candor desnudo de lino y alhelíes.

¹ «En el habla de la Vega es común la conjugación analógica, sin diptongación de la ‘ó’ procedente de ‘o’ breve latina; acabo de citar un caso en que tal fenómeno se produce: ‘en su filo te amolas’ [en “La corbeta atrevida”]. Uno más complicado se daba en *Casi una fantasía*: ‘Con tu pie de carmín hollas la arena’, corregido en la 3.^a edición (‘huellas’) en contra de la voluntad de su autor, que veía perderse así el equívoco auditivo con ‘hoyas’, en tanto que la grafía ‘hollas’ apunta al uso vulgar alboloteño. En «Luzbel» hallamos ‘trocan’ y otro rasgo de color local: ‘resistero’ por ‘resistidero’ o ‘resistiero’, el lugar más intensamente castigado por el sol. Cuando son átonos o procedentes de ‘e’ y ‘o’ breves latinas tónicas, mantiene siempre los diptongos (aurora, sueño, muero, insomnio, hien-de, embriaguez). Pero ‘suavé’ es trisílaba en el poema “Escena” en tanto que “suavemente” es tetrasílaba en “Naturaleza ofrecida” y VI poema de “Valparaíso” [‘Deshojar un recuerdo se convierte’]. En cambio no se tiene certeza en “Clima”, donde su realización con o sin diéresis parece indiferente o indiscernible, dada la ametricidad del poema» [Dionisio Pérez Venegas en «Del taller del poeta (Anotaciones a *Tigres en el jardín*)» *Júbilo del...*, *op. cit.*, pág. 182].

Su corte de querubes y jilgueros turquíes,
cambiaba por mi leche, mi miel y mi manzana;
el beso y la mejilla eran de nácar grana,
de tibios surtidores y absortos colibríes.

Se deslizó en mis venas como pez por el río
y, al tiempo que en su torre daba el reloj la hora,
mané sangre y luceros mezclados con rocío.

Me cerró las heridas su boca que enamora
y, abrazando mi cuerpo transitado en su brío,
me dijo: «Eres hermoso». Y se fue con la aurora.

II. SAN GABRIEL

Déjame que consiga tu insomnio de taberna,
chófer de los ocasos amansados del vino,
para olvidar que existen una amenaza eterna
y un instinto en el cuerpo rebelde a su destino.

Cuando escucho mi nombre en tu palabra tierna
de arcángel generoso de asfalto, vidrio y lino,
una esperanza chica, un temblor de linterna,
perenniza mi paso de abrupto peregrino.

Tu voz dice en el vino que escancia el tabernero:
«Antonio, Dios te salve del sueño de la gente
y ante la aurora puedas mantenerte vigía».

Y —arcángel de mis ansias— en tu copa me muero,
y me duele en la carne la quietud de tu frente,
y tu embriaguez de sangre prende fuego en la mía.

III. SAN RAFAEL

Envíame tu rostro desgajado de tacto,
impreso en sal de plata, trazo diminutivo,
antes de que la sombra cierre conmigo el pacto
de soledad y llanto y aire en que me desvivo.

Lejos de ti prefiero ese recuerdo exacto
de gesto detenido y párpado furtivo.
Imaginate móvil, lejos de mi contacto,
me conduce hasta el llanto más hosco y sensitivo.

La noche que me asedia no puede en mi retina
con la inefable pluma de arcángel de abanico
que en las pestañas tengo para verte cercano.

Y aunque tanta distancia me cerca y asesina,
yo sé que, poco a poco, el mundo se hace chico,
y eres pez, pan y vino para mi amor humano.

IV. SAN MIGUEL

Tu espada de dos filos, amor, tiene una mella,
y si come la carne, deja completo el hueso.
Por más que coma en llanto, por más que coma en beso,
el esqueleto intacto no padece tu huella.

Fosforece en la noche, gusano, espejo, estrella,
costilla, fémur, radio, tímpano, siempre ileso,
y el hierro de tu espada, avaricioso y preso,
llora y besa sin pausa por la mejilla bella.

Tu boca de dos labios, arcángel luminoso,
me sacude en mí mismo, los huesos me distiende,
me rinde desmayado de luz mientras me fresa.

Puede más que tu espada de filo caprichoso,
y me hiende la boca, y la carne me hiende,
y el hueso con un beso me hiende y atraviesa.

V. LUZBEL

Me succiona tu flujo de bulla en resistero
y en brasas amarillas los bulbos del gladiolo
trocan su agria corteza para encender brasero
en la concha de nácar y soledad del polo.

Sorbo a sorbo me chupas como pluma al tintero
y me dejas vacío de esperanza y tan solo,
tan en luz peregrina, tan muchacho severo,
que a gritos la saliva y en brasa el llanto asolo.

Chisporrotea el ansia de saber hasta dónde
no podremos llegar para empujar un mismo
bulbo, tallo o incendio, hosco arcángel soberbio.

Y mientras Dios en lodo de antigüedad se esconde,
pendiente de tu boca, me tienes en abismo
suspendido del habla por el cordel de un nervio.

VI. PARAÍSO FINAL

Luchando, cuerpo a cuerpo, nos queremos de veras
y es fuego de mi carne la flor de tu mejilla.
El beso en su volumen iguala a la semilla
que brota verdemente con dos hojas primeras.

En la concha del ámbar manan las primaveras
un arroyo sereno de miel y manzanilla.
Tiene la tierra plumas de mirlo y abubilla;
pían en nuestro abrazo canarios y jilgueras.

El nácar se disuelve en manantial de leche,
en torrente de vino, de aceite y de resina:
no hay nada como el lirio que tanto nos estreche.

Hay en cueva de nata paladar de paloma
y en jardines cerrados para el sol que declina
paraísos abiertos del tacto y del aroma.

Y VII. BODAS

No un arcángel del cielo, sino un hombre en la tierra,
pronuncia nuestros nombres de torrente y anillo,
un hombre que se alza y dulcemente yerra
y deshoja una rosa de cáliz amarillo.

Pulsa los limoneros y jazmines, y cierra
los crudos surtidores de témpano y cuchillo.
Cantan treinta jilgueros y el pinar en la sierra
y el júbilo amoroso nos regala su brillo.

Blancas palomas siguen el camino gozoso
de nuestro amor ingenuo hasta sus ojos niños
como nidos propicios de fervor y reposo.

Ciñe tu anillo de oro mi caz. Y cuando todas
las estrellas acunan arcángeles lampiños,
Cástor, can y lucero, se enarca en nuestras bodas.

2
CANTARILLO

Todos nacimos, todos, como nace el estío,
desde un fulgor vibrante y una caliente espada,
y nacimos de barro, y nacimos de río,
y nacimos de hogueras y de una brisa helada.

Crecimos con el alba por un común rocío,
abierta la perpetua fuente intacta y sellada;
corrimos por la senda del más libre albedrío
y aquí estamos gozosos tras la ruta cansada.

Pero algo más humilde quedó a medio camino,
y si nació de barro, de agua, de brisa y fuego,
se resignó a ofrecerse para la sed del hombre.

¡Oh, quieto cantarillo que conservas el trino
del alfar en la aurora, del horno siempre ciego,
déjanos en los labios el agua de tu nombre!

3
MEMBRILLO

Ni débil, ni vencido, ni antes de tiempo muerto:
ascendido en la luz con plenitud de esencia.
Aquí estás, aquí pones tu olor de blanco huerto
y hay un mundo de gozo detrás de tu presencia.

La mano no te oprime, pero eres fruto cierto
con lluvias y veranos cuidando tu existencia,
oh, corazón de otoño tranquilamente abierto,
por donde fluye un río de aroma en transparencia.

Mirarte no es mirarte, que es ver la luz del cielo,
el agua de la acequia, la alegre membrillera,
el campo soleado donde el aire se tiende.

Estás para los labios, estás para el anhelo;
pero nadie te toque para calmar su espera,
pero todos te gusten cuando la sed se enciende.

4
CLIMA

Estas suaves
vagabundas, lentas olas,
gotas primaverales sobre un rumor recién inaugurado,
desenlazados tirabuzones,
van,
vienen,
van,
desde el verde
que sostiene la flor de la mariasalada,
al verde más intenso
de las frágiles y grasas hojas del nazareno,
al verde
risueño de los tréboles
que las toca,
casi con recato,
en su ir
y venir
sin dejar de moverse en continuas fluencias,
suaves y vagabundas,
olas marginales,
verdes,
claras de lirios,
bellas,

rechonchas, cálidas,
inocentes de roces
de sauces,
álamos vencidos
por las cargas de gorriones,
trepidantes de ramas,
olas que van y vienen
sin querer
alzarse hasta la vorágines de una mancha de cloro,
volátil,
rápida,
vertiginosa,
ágil,
más grácil
en su disminuida fuerza de ataque a las orillas
que un soplo
leve
o turbio,
ya no importa,
débil,
lanzado desde un árbol
digno
e indignado,
que van y vienen,
van,
vienen,
se alzan sobre sí mismas
o bien de puntillas
o sobre las palmas de las manos,
sobre el cabello,
raudas,
imprevistas e infieles a todas las reglas, vírgenes
del esplendor del verde que alza el reflejo airoso
de los ánades
en vuelo,
olas

que van
y vienen
hasta el trébol,
el nazareno,
la mariasalada,
el jaramago,
el cardo,
el acerado olivo,
y mueren en la calma de un jilguero
que ejecuta sobre ellas,
verde la luz,
polícromo,
íntimo,
su trino.

5

No te encontré en el campo de sangre y culebrinas,
ni en el tejar oscuro donde fragüé mi abrigo;
viniste entre una turba de avispas asesinas,
con tu laúd de arroyos y llanuras de trigo.

Vi tu torso doblado de torcer las esquinas
y ofrecí a tu cintura mi corto pie de amigo.
Te reías, qué niña, y estaban las vecinas
mirando en tus entrañas a través de mi ombligo.

Dormíamos felices sin oír sus murmullos;
una caja de música de raíces y aromas
guardaba las pupilas del dios de las batallas.

Te encontré entre mis brazos, mi Luz ebria de arrullos,
te besé entre los senos. Y un vuelo de palomas
dejó en mis labios círculos, octaedros y rayas.

LA CORBETA ATREVIDA

La mesa estaba puesta: Dios tiene un solo dedo
para mover la sopa como mueve las olas.
Cucharas y guisantes destellan con denuedo
en el risueño brillo de un par de cacerolas.

¡Oh Dios! Color de rosa, blanco mantel de miedo,
coge mi corazón como dos caracolas,
y llévalo a tu oreja, a tu tímpano acedo,
mientras la mar se ensancha y en su filo te amolas.

Toma un trozo de carne y un pedazo de pera,
navega por los ríos, navega por la espalda,
hiende mis manos tibias, destroza mi frontera,

oh Dios, dulce corbeta, amor mío, guirnalda
de frutas, besos, aires, mientras la nube espera
blancas velas abiertas en un vientre esmeralda.

Amor mío, te ofrezco mi cabeza en un plato:
desayuna. Te ofrezco mi corazón pequeño,
y una vena fecunda que tu lengua de gato
ha de lamer, ya claras las arrugas del ceño.

Otra copita y basta: amor mío, qué rato
más feliz tu mordisco, como un nudo de sueño.
Yo escalo las paredes, tú apacientas un hato,
y yo balo en la sombra como cabra sin dueño.

Para ti no es la sombra, para ti es solo el día,
mi Amor nunca tocado por un dedo de bruma,
mi Amor nunca dejado por la indemne alegría.

Te ofrezco un dedo rosa y unos labios de espuma,
Amor mío; te ofrezco la lengua que tenía
cuando dije tu nombre y era el eco una pluma.

8

PASIÓN

Con estos mismos labios que ha de comer la tierra,
te beso limpiamente los mínimos cabellos
que hacen anillos de ébano, minúsculos y bellos,
en tu cuello, lo mismo que el pinar en la sierra.

Te muerdo con los dientes, te hiero en esta guerra
de amor en que enloquezco. Sangras. Y pongo sellos
a las heridas tibias con besos, besos... Ellos
que han de quedar comidos, mordidos por la tierra.

Tal ímpetu me come las entrañas, que sorbo
tu carne palmo a palmo, cerco de llama el sexo,
te devoro a caricias, y a besos, y a mordiscos.

Ni la muerte, ni el ansia, ni el tiempo son estorbo.
El abrazo es lo mismo si cóncavo o convexo,
y yo soy un cordero que trisca en tus apriscos.